

Del malestar en la existencia. Apuntes sobre la poética de Detritus

Beñat Baltza Álvarez

Traductor y poeta

Resumen

Este breve texto sobre el pintor Detritus se lee tal y como se interpreta una buena canción de Rock'n Roll: en tres minutos, a toda velocidad. De párrafo a párrafo se tiene la impresión de ir escuchando un buen *Long Play*. A imaginarlo en vinilo ayuda las imágenes que el autor ha escogido de entre la amplia obra pictórica del *retratado*.

Y vuelta a escucharlo.

Vuelta a escucharlo porque así lo exige el propio texto, que urge acudir a la poética de Detritus con el convencimiento de un *necesitado*: "Tienes que escucharlo, sólo escúchalo. Sólo míralo."

Con tres acordes básicos, cada párrafo podría sin embargo estirarse y estirarse hasta donde la amplitud de los recursos que usa Detritus permite llegar. Y es un largo trecho, toda la trayectoria que va desde la vanguardia artística de los dos últimos siglos hasta la música *underground*, *ateliers* y *caves*, conciertos y exposiciones... Un amplio recorrido de texturas imprescindibles, concentradas en este breve texto como las propiedades de una droga de diseño en una píldora. Tú sólo tienes que tragarla, y pasar al local. Canta Detritus. Qué pasada de volumen. ¿Ya es de día? ¡Vaya mierda!

Para orientarse con cierta solvencia a través del tumulto de sensaciones que la observación de la pintura de Detritus provoca, no nos será suficiente una entrega valerosa, sin prejuicios, un abandono sin cálculos, comportamientos cuya exigencia está fuera de toda duda; no bastará con un abandono pasional, pasivo: será además indispensable una minuciosa guía que nos procure el detalle de lo que *ahí* sucede. Si mundos desconocidos reclaman, para conocimiento de los menos corajudos,

◀ Detritus
Ecce Homo (2012)
Óleo sobre lienzo, 195x110 cm

grandes dosis de valor, imprudencia e incluso temeridad por parte de algunos hombres y de algunas mujeres, el dar cuenta de tales descubrimientos es fórmula, proceder imprescindible y secular que el humano ha empleado desde sus inicios. A tal procedimiento de poner en circulación social el conocimiento es a lo que llamamos cultura. Nosotros, para esta ocasión, tenemos el lujo de contar con un privilegiado comentario de las pinturas de Detritus: el del propio Detritus, en dos bellos opúsculos¹, los cuales nos ayudarán a mejor rastrear sus inmersiones en el caos, causadas principalmente por su empeño en pintar. Empeño que no es únicamente tal cosa, sino que tratándose del arte y para referirnos a ello usamos la bella palabra vocación. Vocación que desplaza a la insuficiente actitud pasiva mencionada, y nos vuelve cómplices, activos, como el coronel Kurtz nos volvió cómplices en la contemplación del Horror. Activos porque sólo la acción es vehículo de expresión para la disidencia, en este caso ontológica²; cómplices porque sólo el hombre, la mujer con vocación, hacen presencia en el mundo de lo que el mundo es mundo para los humanos: una separación, un estar al margen, relato de una pérdida pero al mismo tiempo un querer ir más allá, escoriación, desvío, ya desde Adán y Eva, primeros desobedientes de la creación, primeros que lo quisieron hacer por su cuenta, que quisieron saber, optando así por el árbol del conocimiento, pues el de la vida era, se ve, lo vieron, ellos estuvieron allí, una componenda, hacerle la cama a un reyezuelo vestido de jipi, en ese parque temático llamado Paraíso, y que Detritus llama muy justamente Naturaleza: “La manifestación del Universo es desproporcionada al delicado metabolismo de esta específica humanidad en la que nos incluimos. Del gruñido se distanció el verbo a medida que en la naturaleza emergió el animal crítico. El gruñido era el código natural que sólo servía a los propósitos naturales, al desear difamar el ser humano necesitó la expresión poética. La causa del lenguaje es, fue la intención de quejarnos”³

Conocer=quejarse.

Y justo en aquel instante en que se opta por el conocimiento, justo con ese gesto de desobediencia que nos distancia precisamente del gruñido, nace la cultura, y con la cultura nace lo urbano. Lo urbano es la plasticación de lo que empuja al humano vocacional a embrollarse y desembrollarse en el tiempo, con la ansiedad por el conocimiento y que su expresión y su circulación generan. Aquí, el deseo de un tiempo *nuevo*, de un tiempo propio a lo humano, de un tiempo de tripas, es exigencia de una alta humanidad, no reminiscencia de un mundo perdido, sino intento de adecuación de la naturaleza a un tiempo generado por el humano activo. Si el tiempo sale de sus goznes, ello es precisamente

1. <http://pinturadetritus.blogspot.com.es/2010/04/la-consciencia-renegada.html>

<http://pinturadetritus.blogspot.com.es/2011/12/la-nocion-apocada.html>

2. Es así como se describe Detritus en *La Consciencia renegada*, blog cit.

3. Detritus, blog cit.



Detritus

Panta rei (2006)

Óleo sobre lienzo, 113x192 cm

en oposición a un tiempo circular, a un tiempo armónico, cósmico, antiguo, que estaba en consonancia con el navegar de los planetas, de los soles eternos y adecuados a su propio movimiento. En esta concepción del tiempo (de la tragedia) existía la posibilidad de recomponerse, de reparar el daño, mientras que fuera de los goznes del tiempo habitamos un inacabado desplegarse del mismo, ya no hay posibilidad de regreso a un estadio anterior, uterino, paradisiaco. El mal está hecho (digamos, menos comprometidamente con ningún valor: el dolor ya ha sido causado). Los habitantes humanos de este nuevo tiempo estamos *condenados* a vagar.

En este cuadro (titulado *Todo fluye*) Detritus trata de retener el fluir del tiempo. Un humano que se hunde se aferra desesperadamente a la mano de otro humano que aún permanece en el borde del precipicio, y este último, que no sabemos si se salvará o no, lleva en la mano, la mano a la que se aferra el que se hunde, unas flores, símbolo del cultivo, de lo cultivado, de lo-bello-que-se-construye, y que se da con contagio, que seduce, hasta la identidad, hasta el compromiso, hasta ese punto el color de las flores que aferra quien aún no ha sucumbido y el color de las uñas de quien se hunde pero no sin luchar, no sin un último esfuerzo por aferrarse, a lo que su conciencia le hace lo que

humanamente *es*, pues allí, al fondo del cuadro, en esta vida a este lado del letargo, se encuentra el pergamino del mismo color que flores y uñas, ese folio impreso, prospecto de un medicamento, poema, fragmento de carta de amor o página de alguna biografía... En cualquier caso, testimonio que parece emerger para resistir entre el *Todo fluye*.

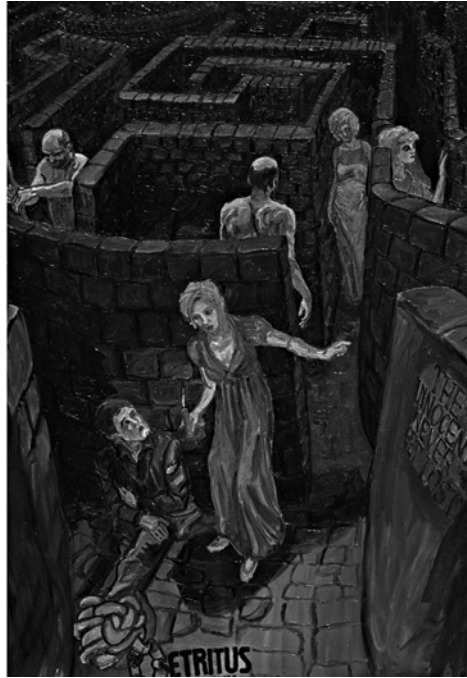
* * *

El arte es algo que no se encuentra en la Naturaleza. En ésta lo único que se verifica, para la conciencia es el espanto de la muerte, el silencio de quien se va y el vacío que deja, bien por un zarpazo del dinosaurio, bien por unas fiebres de las cuales se desconoce su etiología y hasta el propio nombre, o bien, desde siempre y hasta hoy, por una bala, una bomba o una acción fanática; es decir, por la guerra. En la Naturaleza, el que más puede sobrevivir; los humanos, con la guerra, cierran ese círculo de brutalidad y horror, en-cualquier-rincón-del-planeta hay siempre un bruto dispuesto a ejercer. En efecto, no se trata de política, pues, como canta Eskorbuto: “los que trabajan, se olvidan de los parados, y los que están libres, de los encarcelados”. Es el nihilismo: el mundo está hecho como está hecho, y en su núcleo de momento y quizás por siempre nada puede alterarse. El paradigma cognoscitivo contemporáneo, que Detritus llama la Ciencia, nos avergüenza de nosotros mismos cuando al describirnos como un montón de moléculas apretujadas de un cierto modo, quedamos así emparentados con el resto del cuerpo viviente. Y como la filosofía y la poesía corajuda y rebelde se encargó de segar el suelo en que nuestros no tan antepasados se afirmaban (Nietzsche: Dios ha muerto; Rimbaud: Dios, a la mierda), quedamos así, tras el relativismo cuántico, justificadamente asustados, ya que ninguna ética nos instruye ni nos guía. Es más, la sola insinuación de una posibilidad de resolución de la tragedia humana es precisamente lo que nos solivianta, porque si bien nosotros no podemos disfrutar del nuevo paradigma cognoscitivo tal y como hacen los sabios científicos, tan pletóricos de vitalidad, sí al menos podemos distanciarnos artificiosa, estéticamente, de todas las señales de concordancia y armonía, fieles como somos a las leyes del árbol del conocimiento. Porque no vemos ninguna diferencia entre la ética de las distintas religiones con sus propuestas de otras vidas, y la ética cuántica⁴ cuando proclama la belleza del universo, tal y como un jipi californiano proclamaba la paz y la armonía: nosotros, los artistas nihilistas⁵ nos hermanamos con The Velvet Underground: gafas

4. Ni siquiera los físicos modernos más renombrados (Heisenberg, Schrödinger, Einstein, Jeans, Planck, Pauli, Eddington) son capaces de renunciar a la posibilidad de una trascendencia.

(Véase *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*, Kairós, Barcelona, 2002).

5. “Si en *La Consciencia Renegada* me desentendía del término *Metafísica* al referirme al pensamiento nihilista que más estimo (estético)...” Detritus, *La noción apocada*, blog cit.



Detritus

The innocents never get lost (1997)

Óleo sobre lienzo, 115x84 cm

oscuras, ropas negras, pantalones estrechos, anfetaminas para la *pelea* estético/cognoscitiva, aspiramos el perfume de las gasolineras, nos dormimos, si nos dormimos, con el runrún del metro, el campo nos parece un espacio a evitar y las playas de veraneo la versión repugnante y palurda de la vitalidad cuántica, de todo lo que se adapta:

Pero si la derrota persigue al derrotado, el abatimiento al abatido y la vecina pide prestado, ¿qué puede entonces cantar el Yo? —Florecer de una suma de instantes en torno a una hora profunda. *Los inocentes nunca se pierden.*

* * *

Hemos dicho más arriba que justamente en el momento en que Adán y Eva optan por el conocimiento, nace la cultura, y con ésta, lo urbano. Ahora tenemos que precisar el alcance de esta noción, para seguir aproximándonos (aunque no de manera muy evidente) a la obra de Detritus.

Urbano es, para nosotros, lo propio al artista desfundamentado. Además de incapaz de habitar en otro medio que no sea la ciu-

dad, el artista insatisfecho con el desarrollo ontológico resulta molestado en su intimidad cuando se le insta al enfrentamiento, sea de forma directa o de un modo menos áspero, como puede ser el de manifestar una mera opinión. Interrumpida abrupta y dramáticamente la propensión trascendente mediante la reducción científica a un mero bicho que-pulula-por-este-planeta; más, desahuciada toda trayectoria y proyecto humanista al quedar reducida la inquietud causal-genética a la prueba del Carbono 14, queda el esteta nihilista desfondado por la agotadora carrera en pos del sentido de la existencia y desabastecido de creencias que defender, por lo que rehuye toda confrontación, cualquier tipo de polémica. Su paso se ha vuelto dudoso; sus representaciones, tan sólo transferibles al resto de los miembros de la especie mediante el objeto artístico; su cavilar, un monólogo que apenas encuentra acomodo en su propio cerebro. Ya no hay espacio para el juego de la complicidad, aquellos espacios que antaño la Metafísica permitía añorar. Ya no hay juego, ni espacio, ni complicidad: toda la batería conceptual armada con tanta insistencia y en el incesante e histórico juego de réplica y contrarréplica ha quedado reducida a peso, volumen y altura; así, de este modo tan frío, tan sombrío, se impone el paradigma científico-cognoscitivo y se valoriza el esfuerzo humano por haber sido y ser. Es decepcionante que cerebros tan bien armados y que tan lejos se han atrevido a llegar concluyan que sus conclusiones científico-cognoscitivas no son ni mucho menos concluyentes⁶. Para esto, señores, ¿tanto darle al coco? Obviamente, han seguido todos la recomendación de sus señoras esposas de tomarse un descanso y sumergirse en un doméstico baño caliente⁷. “Toma un baño o no llegarás a ninguna parte, no conseguirás el orden, sólo el caos”. Y Max escucha educadamente, pero su marginalidad es absoluta, está inmerso en el caos, y cuando regresa a casa se toma otra dosis de anfetaminas, ciego de vocación cognoscitiva, ya descansará (y hasta esto es dudoso) cuando muera. Pero, “el artista trae del caos unas *variedades* que ya no constituyen una reproducción de lo sensible en el órgano, sino que erigen un ser de lo sensible, un ser de la sensación, en un plano de composición inorgánica capaz de volver a dar lo infinito”⁸. Y esto a pesar de, o precisamente por: “Estoy cada vez más seguro de que el ser humano es un animal desgraciado, abandonado en el mundo, condenado a encontrar una manera de vivir propia, inédita en la naturaleza”⁹.

6. Cifr., *Cuestiones Cuánticas*, op. cit.

7. <http://www.youtube.com/watch?v=NVkTr1TOf1c&feature=related>

Véase en esta extraordinaria película de Darren Aronofsky, Pi, la conversación sobre Arquímedes entre Max (el protagonista) y el viejo matemático durante un par de minutos a partir del minuto 21.

8. Gilles Deleuze, Félix Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, Anagrama, Barcelona, 2009, p. 203.

9. E. M. Cioran, *En las cimas de la desesperación*, Tusquets, Barcelona, 1993, p. 118.

Conocedor de que la pelea esencial y lo esencial de la pelea se da entre *uno* y el mundo, el decadente artista desarraigado precisa de la urbanidad, de las formas más nobles de la *politesse*, para que la vida en sociedad sea lo menos áspera posible, incluso tenga momentos de incuestionable disfrute. Ambientes como el llamado *gótico*, con sus locales a los que acudir a bailar, sus sofisticados ropajes y maquillajes, sus superficiales juegos de atracción y hasta de seducción erótica, su privilegiado y vanguardista ambiente de tolerancia (principalmente y en principio por carencia de prejuicios bobos) pueden llegar a colmar periódicamente y durante unas pocas horas (tan sólo eso: durante unas pocas horas) la inquietud humana de compartirse. Pero la urbanidad no se limita a esos momentos, sino que todo el cotidiano, toda vez que se trate de abandonar el sillón en cuyas orejas el artista nihilista reposa la cabeza y, arrellanado reflexiona y medita, exige, para hacerse transitable, un Hola, buenos días; un Por favor; un Gracias, adiós; un Pase, por favor; un Hasta mañana, buenas noches... Sólo para empezar a ser urbano. Pues también una correcta sociabilidad forma parte del proyecto humanista que pretendía diferenciarse de la depredación y la satisfacción meramente instintiva, dado lo extremo de la vulnerabilidad de la conciencia o, dicho en jerga filosófica, la precariedad del *Dasein*, del existente.

* * *

Un poco por todas partes Cioran habla de *lucidez*: cuando *lo ves*, ahí se acaba todo para ti. Se trata de una especie de mineralización de los afectos. Todavía conservas la forma bípeda y guardas aún memoria de las emociones, las cuales siguen expresándose de manera refleja, comes chocolate y te gusta, y eres igualmente sensible al tacto de unos guantes de cuero, o te alarmas o desternillas, según corresponda. Pero a pesar de todo esto estás acabado. Un temor primigenio, no solventable con ningún tipo de racionalización, ha entrado en tu cuerpo y se ha instalado para siempre. Es intuitivo, no es consecuencia de lecturas más o menos atentas y aplicadas, sobre cuyas conclusiones existe un amplio consenso. Quizá siempre ha estado ahí, y quizá podría hasta no haber hecho aparición, no haber necesitado tu sangre. Pero de pronto llega, el incómodo huésped, y se aloja para siempre. Y entonces ocurre que la corriente que arrastra al humano *normal*, tal y como hasta ayer eras tú mismo, te deja de lado, pasa de puntillas sobre ti o te aparta de manera brutal de su fluir. Te sabes ya fuera, te experimentas fuera, en los márgenes del *input* que hace que los hombres y las mujeres vean tantas veces decepcionadas sus esperanzas, y otras tantas renovadas. Catástrofe inaudita, se pierde la individualidad, vas entrando en lenta simbiosis con los elementos microscópicos que pululan a las puertas de la materia inanimada. De cara al exterior, puede que aún conserves cierta apariencia y cierto aplomo y, por qué no, hasta compartas proyectos con otras gentes, hagas planes, formes parte de. Pero estás acabado, porque ya no puedes ver nada ni a nadie, sobre todo a nadie, como un entidad Eterna, que es lo que la Ética dice



Detritus

El irresoluto (2002)

Óleo sobre lienzo más blisters de fármacos y esmalte, 100x95 cm

que es el humano¹⁰. Desde los márgenes a los que te has visto arrastrado por causa de la lucidez ves, cual eremita budista y no sin pelear esa condición adversa, cómo pasa la vida, el mundo de la superficie, en el que no eres ya capaz de entrar, y el cual es incapaz de hacerte un hueco. “La intuición nos sumerge en una melancólica introspección en la que considerando todas nuestras disfunciones, inadaptaciones, inadecuadas reacciones a los estímulos externos, averiguamos qué es el Cosmos y quedamos desolados”¹¹.

A modo de conclusión. Decadente, sí. Asqueado, sí. También arramblado. Pero una vez *aclimatado* al margen, ocurre que uno va amueblando poco a poco su rincón, lábil, estable, lábil, se inicia un proceso de parcial reindividualización, y se descubre complacido que lo que en esos parajes sucede es la única cosa, la mejor cosa que podría ocurrirle al disidente ontológico. Atornillado al presente, desocupado de la penosa carga del futuro, la concentración en la tarea artística se refuerza y los placeres se hacen más sutiles, la emoción de ciertas mezclas de colores,

10. Alain Badiou, *La Ética*, Herder, México, D. F., 2003.

11. Detritus, *La Consciencia Renegada*, blog cit.

de ciertos sonidos, de unos versos bellamente contruidos es infinitamente más grande y produce un placer mucho más grato que cualquier mundanidad. Y no es que ahora esto sea mejor que lo otro, sino que simplemente es lo único, desde que llegó el esteta nihilista a los márgenes de la existencia, que puede complacerle con todo el poderío del espíritu. Y así, los encuentros con otros humanos son siempre encuentros con marginales, y se juega al juego de la seducción mutua, emotiva, de la cual se obtiene una dicha. Porque sabe, la disidencia ontológica, saben, los marginados, y recuerdan, las dos últimas estrofas del último poema que escribió un hombre que vivió al margen, enteramente al margen y completamente dedicado al trabajo del espíritu. Oigámosle en su *Postludio*:

La tierra quiere dar sus fresas// en abril, aunque tenga pocas flores,//
ella mantiene sus pepitas,// callada, hasta que lleguen buenos años.

De dónde se alimentan las semillas// nadie lo sabe ni si alguna vez// va
a echar flores la copa—// aguantar, aguardar, no reservarse, // oscurecer,
envejecer, postludio¹².



12. Gottfried Benn, *Postludio*, el poema del mismo título, Pre-Textos, Valencia, 2001, en la bella traducción de Eustaquio Barjau.